

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 1 DE ABRIL DE 1923

NÚM. 20.020

## IMPRESIONES DE UN CAMINANTE.—FLORENCIA

**B**ORDEÁBAMOS el Tiber aquella tarde serena, y tratábamos de acordar el alma con el nuevo aspecto de Italia que la visita a la capital de Toscana iba a descubrirnos. Atrás quedaba Roma, matriarca varonil y ruda; quedaba Nápoles, fermentación eruptiva de la decadencia clásica. Nos acercábamos a Florencia, verdadera ma-

Pero, aun a través de aquella mezcla desconcertante de refinamiento y barbarie, ternura y crueldad, luz y hoguera, púrpura y sangre, hubo una institución que en esa tierra itálica fué creciendo como vínculo sutil de toda convivencia humana: la vieja *civitas* clásica, convertida ahora en cultivo del instinto popular para interesarlo en luchas históricas superiores a la conciencia inmediata de aquellos mismos hombres que las empeñaron. En torno a los Duomos y a los Palacios ciudadanos, la multitud sentía, vagamente, que su adhesión a los

bandos fratricidas y brutales tenía una repercusión de mucho más amplias trascendencias. Una aristocracia turbulenta, feroz, mantenía inconscientemente el sentido itálico recién nacido, que los artistas vislumbraban como una estrella de Epifanía e invocaban como la obra futura de innumerables generaciones, a la cual debían incorporar su propio esfuerzo. El Imperio, degeneración bárbara de la Roma destruida, manto de César en hombros de legionarios bestiales, adquiría en esa Italia la dignificación de una sombra de su antigua potencia unifica-

dora: era el gibelinismo, que parecía el germen de las futuras y lejanas formas de soberanía laica. Y el Papado, gran rival del Imperio, se presentaba a su vez como el legítimo heredero del poder romano, y quería extender a las formas materiales de la fuerza su prestigio espiritual: era el güelfismo, otra semilla de universalidad humana para futuros desarrollos. Y estos eran gérmenes de civilización.

Pero otra flor nacía sobre ese renuevo, señalando, mejor que otro cualquier signo, el tránsito desde Roma a Italia:

el idioma, delicada fermentación del latín, como en un ánfora nueva. ¿Quién podría explicar de qué manera la corrupción del lenguaje patricio en labios provincianos adquirió el encanto de una nueva armonía, y se elevó hasta las depuraciones de una nueva nobleza léxica? Ahí radica la prueba de la verdadera capitalidad florentina. El *Lacio*, vaso de formación de la lengua más universal que haya existido, jamás fué seguido, históricamente, por Toscana, como plantío de la primera forma instrumental de cultura moderna: y sólo por el Toscano fué elevada Italia a las excelencias de su nuevo magisterio. En ese tránsito, el latín adquirió ductilidades que parecían incompatibles con su rígida madurez; la escala de sus valores melódicos se adaptó a las más opuestas capacidades de vibración cordial e intelectual; fué suave y dulce como una modulación femenina; y también ruda y fuerte como correspondía a la masculinidad fiera de los *condottieri*.

Avanzamos por un paisaje delicioso, entre las ondulaciones del Tiber y las estribaciones apeninas. La Umbría se nos muestra en la plenitud de su recuerdo franciscano, alegremente sumida en su éxtasis. Pásmos junto a Orvieto, asentada sobre un montículo. Más allá, el lago Trasimeno, de un azul pálido bajo el sol que va cayendo, nos sugiere el recuerdo adherido eternamente a su nombre como una rima belicosa.

La sensación «toscana» se apodera ya de nosotros. Atisbamos, en el horizonte hacia el cual corremos, el serpiente del Arno. Cada nueva apariencia del paisaje nos ofrece una variante de una sola modalidad: la gracia. Y ¿no es precisamente la gracia el primer móvil del arte toscano? Por la gracia, sucediendo a la fuerza romana, esta tierra clásica renació como un retorno



VIRGINIA.—POR EL GRAN PINTOR ALEMÁN FEUERBACH.

de la primitiva pureza helénica. Gracia genuina y personal, encarnación nueva de una entidad eterna. Entre capiteles de templo arruinado y lápidas de tumba nació esa renovación de arte, como un lirio... La idea de flor, aun sin la inevitable sugestión del nombre de Florencia, es inseparable de su imagen interior.

Si tuviésemos que reducir a figura humana esa ciudad, la veríamos aun como las boticelionas Simonetta Vespucci o Giovanna Tornabuoni, y elevando entre los dedos gráciles, afila-

dos, tenues, una flor simbólica, con un gesto ambiguo de candidez sexual.



Hemos llegado. La noche oscurece ya las visiones. Entramos en Florencia con la mirada anhelosa de recibir esa primera impresión de una ciudad, en que os parece que penetra en vosotros su oculta esencia, como una revelación. Y ese primer saludo florentino semeja una sonrisa: es la fachada y el campanil de Santa María Novella (dejadme conservar aquí la eufonía, tan expresiva, del

nombre toscano). Las arcadas bicolors de sus pórticos ojivales parecen una refundición de estilos dispersos. ¿No hay hasta una reminiscencia árabe en su ley decorativa?

Las calles florentinas descubren una plena conciencia de la estirpe de esta ciudad, metrópoli de nuestro espíritu. Como un enjambre de abejas áticas, las ideas inseparables de este nombre, Florencia, acuden a nuestra fantasía. Las mujeres que con nosotros cruzan, al paso, despiertan las sombras inmortales. ¿No será una de ellas, todavía, la del so-

neto sin par? ¿No serán, estas otras, Leonela o Pampinea, en cuyos labios tomó tan dulces tonos la malicia de amor? Y esta otra ¿no ofreció su seno, curvo de promesa fecunda, sobre su propia esbeltez, a la alegoría destinada a juventud perpetua?

Pero, vagando en el sabroso azar de la ruta, en la ciudad desconocida, la posesión de Florencia toma, para nosotros, la forma concreta de un solo nombre: *Plaza de la Señoría*; y así, en la noche calmada y confidente, desembocamos en ella...

Gabriel ALOMAR

## AFORISMOS Y DEFINICIONES

**H**AY dos clases de tontos: los tontos que repiten las tonterías corrientes y ajenas, o tontos de repetición, y los tontos que inventan tonterías nuevas, o tontos de iniciación. Pero el que inventa tonterías verdaderamente nuevas no es ya tonto, sino un genio, pues llamamos genio, sobre todo en filosofía, al que inventa tonterías verdaderamente nuevas, al tonto original u originario. En el orden moral, al tonto de repetición se le llama hipócrita, y al de iniciación, cínico. La santidad es una enfermedad de la hipocresía, y la criminalidad una enfermedad del cinismo.

*Objeción:* «No parece que haya tonterías ajenas, porque todas las tonterías son propias del tonto.» A lo que respondo que no; que el tonto, como el comunista de hecho—no de doctrina—, no tiene nada propio, carece de propiedad. La propiedad es de todos, no es de ninguno. Se dijo que la propiedad es un robo, como se pudo decir que el robo es una propiedad. La originalidad, o sea la propiedad mental, es un robo, un plagio, y el plagio es una originalidad. El plagio es una segunda originalidad, y la originalidad es un primer plagio. Y esto es un plagio original del procedimiento dialéctico de Pascal, que decía que, pues el hábito es una segunda naturaleza, la naturaleza es un primer hábito. Que es como decir que, pues se pierde mucho tiempo en recorrer espacio, se pierde mucho espacio en pasar el tiempo.

El sentido común no es de nadie, no es propiedad de nadie; es mostrenco y resiste a monopolios. Un idiota—un particular, que no ha llegado a general—es uno que no tiene mas que sentido común, o sea que carece de sentido propio. Y hay idiotas profundos, o sea geniales, como aquél de quien decía Zuloaga: «¿Qué filósofo! ¡No dice nada...!» El idiota profundo es el que renuncia a todo sentido, ni propio ni común; es héroe y mártir.

El sentido común opera con lugares comunes, colocándolos y clasificándolos en unas cajitas. Lo opuesto a un lugar común es una paradoja, o sea un lugar común de mañana. Los tontos de iniciación malabarizan con paradojas, lanzándolas por el aire, hasta que los tontos de repetición las metan en sus cajitas y allí las ordenen y etiqueten y numeren. Y las —isten.

Después de muertos, todos somos iguales, o sea igualmente cadáveres. Y por eso dijo Salomón que lo mismo le irá al sabio que al necio (Eclesiastés, II, 14). Y se muere uno intelectualmente. Y se mueren las ideas. Y hay cadáveres de ideas—en sus cajitas—, o sea lugares comunes. Y no hay comunidad como la de la muerte. Por lo que los comunistas, los de verdad, se dedican a matar.

Nada más propio de un tonto de repetición que dedicarse a la filosofía de la historia (a) sociología, o sea el arte de

profetizar lo pasado. Pero para profetizar lo venidero hace falta originalidad. Así era un tonto de iniciación, original, el que dijo: «Yo, si no me muero antes de otra cosa, me moriré de angina de pecho.» Y a propósito de ésta, los médicos la dividen en verdadera y falsa: verdadera es aquella de que se muere, y falsa aquella con que se vive—como sucede con la fe y con todo—. Es como en la moneda: verdadera, la que pasa, y falsa, la que no pasa. Y para hacerla pasar, basta con hacer creer que pasará. Pues se llama crédito a hacer creer a cada uno que cada otro cree que creen los demás que uno, el acreditado, tiene con qué responder, aunque todos ellos sepan que no hay tal. El crédito político, v. gr., es el que hace los monstruos, como D. Antonio Cánovas del Castillo, o las máximas autoridades, como D. Antonio Maura.

Así, si yo tengo crédito de original, de tonto de iniciación, cuando repita lo que

le oí a Pérez García dirán: «¿Qué cosas se le ocurren a este D. Miguel...!», y cuando le oigan a Pérez García alguna tontería verdaderamente original, exclamarán: «¿Dónde la habrá leído...?» Porque todos los tontos creemos saber que hay un Diccionario Enciclopédico de todas las tonterías pensables, y hasta impensables, que Adán redactó luego que les puso nombres a todos los animales, según se nos dice en el Génesis, II, 19-20, y antes que se le sacase a Eva de una costilla.

Y esa Diccionario es la verdadera «Biblia de la Humanidad», Biblia no escrita, sino grabada, antes de nacer, en las mentes de todos. Y toda la experiencia de la vida se contrae a leer en esa Biblia para tener luego que olvidarla.

El arte de ayudar a la memoria se llama de apodo mnemotecnia—nombre de pila gula-lujuria, o concupiscencia—, y el de ayudar al olvido, pedagogía. Otros le dicen *disciplina*. Pedagogo es el que

enseña a enseñar a los niños a que se le olviden de que están viviendo, es decir, de que van a morir. Maestro es otra cosa. Y demagogo es el pedagogo de los pueblos: otros niños.

Y a todo esto, ¿para qué pensar? Pensar es rumiar; pensamiento es pienso. ¡Gran pensador aquel capitán italiano de quien Goethe se despidió en Perusa el 25 de octubre de 1786, según nos lo cuenta en su «Viaje por Italia»! Que le dijo al olímpico Proteo alemán: «¿Qué piensas! El hombre no debe pensar jamás; pensando se envejece. No debe el hombre pararse en una sola cosa, porque entonces se vuelve loco; hay que tener mil cosas, una confusión, en la cabeza.» Y Goethe envejeció—¿envejeció?, ¿tuvo edad nunca?—pensando hasta los ochenta y tres años, en que rindió al regazo de la tierra madre su seso, y a los ochenta y dos años acababa la segunda parte del *Fausto*, cuando tenía ya mil cosas, un enjambre de recuerdos zumbadores, pero sin miel, una confusión en la cabeza. Y Jorge Meredith, el poeta aforístico, escribía a sus ochenta años una poesía que, vuelta de su medida inglesa a mi desmedida española, dice: «Fui en un tiempo parte de la música que oía en las ramas o dulce entre tierra y cielo; por el goce del batir de alas en lo alto saltaba mi corazón al pecho del ave. La oigo ahora y la veo volar, y de nuevo se siente sacudida una arrugada vida y se sentirá por mero amor hasta el último largo sollozo.»

Este Meredith, para remedio de definidores, le hizo decir a su Alvan, en «Los comediantes trágicos» que la metáfora no debe parecerse al tratado sobre la Naturaleza del metafísico, «una antorcha para ver la salida del sol». Que así suelen ser las definiciones y así suelen ser los aforismos. Excepto para los tontos de repetición, que nunca ven el sol, ni aun salido.

La más sublime filosofía de los tontos, sean de repetición o sean de iniciación, es la que suelen llamar optimismo o pesimismo, que con ambos a dos motes, del todo convertibles entre sí, se la cree conocer. No sirve, pues, decir que unos tontos son optimistas y otros son pesimistas—cara o cruz—, porque optimismo y pesimismo son las dos sobrehaces de un mismo cristal a través del cual se mira el mundo. Ni lo de «todo es según el color... etc.», de nuestro Campoamor, otro aforizante en rima, y a las veces en rípi. La salud para el sano no es la misma que para el enfermo, pues para éste es una paradoja, y para aquél, un lugar común. O a la inversa, que no estoy muy seguro de ello. Ni de ello ni de nada, ni de que no estoy seguro. Como no lo está nadie de que la tierra se mueve y nos arrastra consigo. Pero estoy seguro de que a los idiotas—véase arriba la definición o aforismo del idiota—les parecerá todo esto un colmo.

## TEMAS LÍRICOS

### LA ESPIGA

Tras la yunta que gobierna  
mi mano de labrador,  
solitario allá en mi serna,  
sembré los surcos de amor.

Con llanto le di tempero;  
claro sol do hizo brotar;  
hoy, ya vencido el enero,  
debo su mayo segar.

De la simfenza lograba  
áurea espiga, grácil, sola;  
junto a su pie rojeaba  
la sangre de una amapola.

¡Yo que soñando veía,  
como premio a tanto afán,  
que mi troje aromaría  
la fragancia de su pan!

Aquella espiga divina,  
dorada en su granazón,  
va moliendo amarga harina  
la niela del corazón.

Enrique de MESA

### TUS OJOS

Ojos grises, quietos lagos  
de silente agua dormida,  
en cuyos claros cristales  
se refleja todo el amor de mi vida;  
ojos que encender supisteis  
llama que en mi pecho ardí;  
hermanos del lucero de la tarde;  
ojos llenos de emoción,  
que alumbráis mi dolorido  
corazón,  
en vuestro marco rosado  
—¡oh cara, virgen y bella!—  
sois para mí luz y guía,  
álma y estrella.

### TUS MANOS

Manos hermanas de los lirios,  
blancas como la cera de los cirios,  
que acariciáis mi frente  
dulcemente;  
manos inmaculadas  
con pétalos de rosa y rocío creadas  
bálsamo milagroso en la herida  
que sangraba en mi vida;  
manos en cuya palma,  
sediento, bebí un día  
agua de amor,  
modeladas en barro de alma,  
sacrificio y dolor.

Fernando IGLESIAS FIGUEROA

Miguel de UNAMUNO

# GRAFOLOGIA.-LOS NOVELISTAS

Si los grandes poetas son excelentes prosistas, raros son los buenos noveladores cuya prosa no está más o menos saturada de poesía. Así, entre unos y otros, hay muchos rasgos gráficos comunes. Esto, sin contar los que han ocupado gloriosamente las dos categorías, como Goethe, Víctor Hugo, Lamartine, Gautier, d'Annunzio y tantos otros. El rasgo común de la escritura intelectual es su simplificación. ¿Por qué? El grafólogo Vauzanges da esta explicación perfecta: "En la escritura simplificada, los trazos constitutivos de ciertas letras están reducidos a su mínima expresión, como estilizados, sin que la letra deje por eso de ser claramente legible. Resultan de esto formas curiosas, a veces extrañas, y que en todo caso llevan el sello personal del autor, atestiguando así la originalidad de su talento." "La ideación es tan rápida que la pluma puede apenas seguirla para fijar sobre el papel la expresión de las ideas. Se ve entonces obligada a abreviar, para ganar tiempo, a improvisar una especie de taquigrafía instintiva..." "El empleo de formas tipográficas abrevia el trazado de las letras. Es un signo muy marcado de cultura."

*Les fantômes de la Gina.*

*La Gina est une ~~intime~~ amie à un Milanais, et qui demeure à Milan. Si quelqu'un de vous la reconnaît à quelque trait de cette aventure, je prie de ne pas la nommer et de lui garder le secret. Sans quoi, je ne continuerai point mon récit.*

*Le mari de la Gina, je ne puis, par discrétion donner ni le nom, ni la qualité ni la demeure, ni le titre, ni indiquer la fortune de cet homme fortuné, à cause de votre perspicacité, mais, je vous en gage ma foi, qu'il est d'une valeur...*

Borrador de Balzac. He aquí un fragmento de manuscrito de uno de los más grandes novelistas del mundo, con un detestable mono al margen. Balzac escribía con pluma de cuervo. Un borrador es para el grafólogo uno de los documentos más vivos e interesantes, por su absoluta espontaneidad y porque se realiza en plena actividad cerebral. Este precioso facsímil, del que no utilizo más que un fragmento, fué publicado en el *Figaro*, con un admirable estudio del grafólogo Rougemont. Las escrituras de los grandes hombres no son menos interesantes, aun aparte de las revelaciones de la grafología, que sus fisonomías.

*Anatole France*

Las ligaduras anormales, como en la presente firma, son una traza de la simplificación.

*Edmond de Goncourt*

Vea el lector unos cuantos grafismos donde dominan las letras desligadas: intuición. En Goncourt este signo gráfico llega al extremo de que corta en tres la *emé* minúscula.

*Matilde Serao*      *Chateaubriand*

La firma de Matilde Serao es también un modelo curioso de escritura simplificada.

Nótese en Chateaubriand—escritura también de letras desligadas—la espléndida curva de la *d* final: vuelo de la imaginación.

*Emile Zola*

Las mayúsculas de Emilio Zola son rápidas y fulgurantes, como dos centellas. Por rúbrica tiene el rasgo oblicuo, casi vertical, de la independencia.

*Adieu, ma chère amie. Je me trouve très bien, mais souvent anxieux et impatient sur les affaires publiques. Nous sommes chez nous encore - Dieu soit béni! Vous avez eu l'anecdote du général Anplaus qui a adressé les troupes Françaises et a punit par Dieu blessé vous tous! "Blessé dans Anplaus est béni" - comme vous savez. H. M. D.*

Grafismo de Conan Doyle. Es una carta en francés que, en unión de otras del mismo novelista, ha publicado recientemente la revista francesa *La Graphologie*. Con su letra ordenada, coherente y bastante ligada, el creador de Sherlock Holmes es más un razonador, un deductivo y un lógico que un intuitivo. Las mayúsculas son de traza tipográfica, muy sobrias y graciosas. Firma sin rubricar y pone un punto después del nombre.

*Bernard Kellermann*

En la firma de Bernardo Kellermann, el autor de *El Túnel*, la sorprendente novela, domina la imaginación—gran aspa de la *d*—y la originalidad: mayúsculas raras y estéticas. Tampoco rubrica.

*Vicente Blasco*      *Po Baroja*

Nuestros grandes novelistas tienen los rasgos comunes a los de otras racionalidades, como puede ver el lector por estas dos firmas.

*Victor Catalá*

Y termino con otro espléndido modelo de escritura rápida y estética, donde el vuelo de la imaginación fecunda tiene su representación gráfica en la primera mayúscula, semejante a un ave que despliega las alas.

# DESPUES DE LA PENA, EL GOZO...

CUENTO PARA NIÑOS POR MARÍA BERTA QUINTERO

Os acordáis, encantadores y revoltosos lectores, de aquella cruel Malina, que era el hada más perversa que los siglos vieron?

Sí, seguramente la recordáis, y habéis acaso pensado algunas veces si perseveraría en sus buenos propósitos, o si haría... como vosotros, que después de una trastada prometéis a mamá no hacer jamás travesuras y a los cinco minutos inventáis otra mayor.

Por si así fuera, la buena fama de Malina exige que vuestra duda sea desvanecida.

Terminado el opíparo banquete, en el que reinó gran alegría, Diamantina y su hermana Lindaflor — ya recordaréis que hasta de nombre quiso cambiar, por cierto que hizo bien, porque el suyo era muy feo—despidieron afablemente a todos los invitados, haciéndoles valiosos y lindísimos obsequios.

A los pocos meses celebróse, con gran pompa, la boda de Rosalinda y Aldemar —llamábase así el falso verdugo de Lindaflor—, figurando entre los invitados el poderoso mago Diamante, primo de Diamantina y su hermana, con su esposa el hada Camelia, y sus hijos Florián, Narciso, Jacinto, Violeta y Venturina. Estas simpatizaron mucho con la desposada y sus hermanas, y los tres muchachos, que eran muy gallardos, aseguraban, a los cinco minutos de conocerlas, que en su vida habían tratado a doncellas más lindas, graciosas y discretas que las tres hijas menores de Rosaura. Claro es, conviviendo con ellas en el palacio de Diamantina durante las fiestas que siguieron a la fausta ceremonia, el mago Diamante hubo de pedir solemnemente, antes de regresar a sus dominios, la mano de las muchachas para sus hijos. Blancarroza y Rosabella casáronse el mismo día, mientras Jacinto esperaba que su predilecta, la Benjamina, cumpliera sus quince primaveras.

Entretanto, el hada y su hermana eran muy felices viendo dichosos a los que amaban, y ellas eran queridas por...

Lindaflor no sentía la pérdida de su poder; su voluntad era firme y constante; su tesoro, diríase inagotable, y comprendiendo que sin ser hada era más útil que cuando lo fué, porque el poderoso, si no es magnánimo y justo, labra la desdicha de cuantos tiene bajo su mando, sentíase dichosa. Tanto más cuanto Diamantina la otorgaba todo lo que por sí misma no podía hacer, pues nunca deseaba nada injusto.

Sin embargo, a veces entristecíase hondamente al recordar el llanto vertido por su culpa en otro tiempo; pero esto duraba muy poco, porque tomando su escarcela, plena de monedas de oro y plata, salía de palacio para repartir entre los necesitados su cuantiosa limosna, y al verse colmada de bendiciones consolábase, sintiendo henchido su corazón de gratitud hacia la reina de las hadas porque no la privó de los medios de practicar la caridad, único medio de redimir su pasado.

Habían transcurrido algunos años y aproximábase la fecha en que Lindaflor iba a cumplir sus quince abriles. Con tan fausto motivo pasaba algunas temporadas en el palacio de sus amables protectoras, perfeccionando su esmerada educación y ayudando a las damas que cosían su primoroso equipo. Hubiera sido, ciertamente, más breve y

cómodo que la varita de marfil lo hubiera hecho por arte mágico; pero Diamantina quería que sus amiguitas y protegidas fuesen primorosas y aplicadas.

Cierta mañana, mientras Rosaura, que había ido al palacio a visitar a su hija y a sus ilustres amigas, las leía en alta voz una carta de Rosabella (que moraba en el lejano país de su esposo), en la que una vez más invitábala a pasar con ella una temporada, gozando de los

te quedarán ultimados mis preparativos.

—Yo voy contigo, madre — murmuró Lindaflor.

—Debieras quedarte con mi hermana...

—Sí, pequeña, quédate; si no, estaré muy triste.

La niña, abrazando a la dama, accedió a su deseo.

No sin sentimiento partió Diamantina sin su hermana, pues si ésta hubiera sido bondadosa como ella, no se vería pri-

—Decidme, por favor — suplicaba— ¿está enferma mi madre? ¿Ha muerto acaso?

—No te alarmes, niña; se halla algo indispuesta.

—No, no — gemía, sollozando—; está muy mal, tal vez muerta... y yo no estoy a su lado...

Y mientras sus damas trataban de consolar a Lindaflor, cuya amargura era más intensa a cada momento, la que un tiempo fué hada poderosa veía con desesperación el manzano maravilloso cargado de pomos que ella no podía y enviar con la urgencia requerida. Tal vez habrían muerto los enfermos y su querida Lindaflor sucumbiese de pena. Entonces su sobrino Jacinto, tan constante y fiel, precisamente el predilecto de su corazón, acusárala, ¡a ella, que daría su vida por las de tan amados seres!, de su desdicha, por haber empleado mal su poder cuando lo tuvo. Y lloraba, lloraba a raudales, invocando, de hinojos, a la reina de las hadas y cubriendo de besos las manecitas de la niña.

—Yo soy la culpable—decía—, porque fui perversa.

—No—consolábala Lindaflor—; hubieras, como Diamantina, estado ausente...

—Mi poder era superior al suyo y todo lo habría adivinado. Mas no perdamos un minuto: que dispongan mi carroza y un cestito de manzanas. Hoy exploto, en realidad, viéndote padecer, cuando tanto te amo, sin poder evitarlo como en lo pasado pude, las culpas de las que tan arrepentida estoy.

Al pronunciar estas palabras, las lágrimas, que cual gotas de rocío desprendíanse de sus ojos bellos, se unieron, formando una linda varita de cristal, y apareciendo en todo el esplendor de su realeza y hermosura la reina de las hadas, habló dulcemente:

—Tu arrepentimiento es sincero; completo es mi perdón. Toma esa varita, formada con tu llanto; serás hada aún más poderosa que antes. No olvides lo pasado y emplea bien tu poder en todo instante. Rosaura y el niño, viven; id a llevarles la salud. Luego, ve a mi castillo...

Y sin dar tiempo a que Lindaflor le demostrase su agradecimiento, desapareció, dejando impregnado el ambiente de suave aroma de rosas y lirios.

A un golpecito de la varita sobre el pavimento, presentáronse Rosalinda, Blancarroza, sus esposos y sus hijitos, y, subiendo todos a la áurea carroza del hada, ésta agitó su talismán, y un momento más tarde llegaban al palacio de Rosabella, donde todo era consternación, que trocóse bien pronto en regocijo.

Desde aquel feliz día la poderosa Lindaflor, haciendo excelente uso de su varita mágica, mereció el sobrenombre de Bienhechora, porque no hubo lágrima que no enjugase ni desdicha que no remediara. A su paso, después de la pena, florecía el gozo en todos los corazones.

¡Ah! Y su querida amiguita Lindaflor fué muy dichosa en su matrimonio con su fiel Jacinto, y como a ella debía todo su bien, quiso vivieran consigo y con Diamantina en su magnífico palacio.

Y colorín, colorado, la historia de Malina se ha acabado.

María BERTA QUINTERO  
Dibujo de BARTOLOZZI.



encantos de un lindo bebé que una tarde le llevó una cigüeña, un alado geniecillo, llegando a la antecámara, dijo a los pajes que deseaba ver a Diamantina. Admitido a su presencia, arrodillóse, galante y respetuoso, y puso en sus lindas manos un pergamino en el que su reina la invitaba a una reunión de todas las hadas en su castillo. Diamantina, levantándose al punto, se dispuso a marchar, mientras el geniecillo, besando la orla de su túnica, extendió sus alas, hizo profunda reverencia y desapareció por uno de los amplios ventanales de la estancia.

—Si gustáis, Rosaura—dijo Diamantina—, os conduciré al palacio de Rosabella. Aún faltan tres días para la reunión y tendré mucho gusto en volver a verlas. —Aceptó, reconocidísima; en un instan-

vada de su poder y del derecho de asistir a aquella junta magna y a las fiestas que la soberana proyectaba celebrar en obsequio de sus invitadas.

Prolongóse más tiempo del que pensarán la ausencia de Diamantina, y una tarde, ambas tocayas vieron con sorpresa llegar, al galope, a un jinete cubierto de polvo. Introducido a presencia de la dama, puso en sus manos un pliego. En él suplicaba Rosabella, en breves y sentidas frases, a Diamantina, juzgándola de regreso, condujese a su hermana, provista de manzanas mágicas, a su palacio, pues Rosaura y el lindo bebé habían enfermado gravemente y los médicos consideraban imposible salvarles la vida. Aunque Lindaflor leyó para sí, comprendiendo la jovencita que algo grave ocurría:

# TENIA MUCHA PRISA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE EMILIANO RAMÍREZ ANGEL

La madre despertó al hijo: las seis dadas. Por cierto que la mañana naciente era una hermosura: rubia, serena, calladica aún, pero ya toda su linda boca repleta de risa. El aire, quieto de gusto, daba a la piel una blandura tibia de pétalo; el cielo tenía ese azul suave, pálido, de adolescencia, que es como la castidad de la luz, bien distinto del insolente y agrio azul de la siesta. Júbilo y gana de vivir daba aquel amanecer.

Andrés, refunfuñando, opinaba de otro modo. Dió al agua clara y fresca, de malísima gana y como si fuese un impuesto, la tirantez de su rostro y la torpeza de sus pupilas. Concluido el tocado, harto somero, sintióse ya otro hombre, en parte, como si con la pulcritud le hubiesen venido inefables e insospechadas limpiezas del ánimo. Y, asomado al ventanuco del bohardillón, mientras iba acabando el parvo desayuno-almuerzo, se hundió gozosamente en la pureza cordial de la mañana.

Su ira de jornalero, su malhumor de menestral, abdicaron ante la gracia de criatura recién nacida que la claridad derramaba sobre la tierra, y sus quince años se reconciliaron de súbito con el hambre frenética, creciente, de vivir.

—Gusto da, es cierto, madrugar... ¡Mire, madre, cómo alborotan ahí al lado los gorriones! Ya están esperando las migas de usted y su palique. Gusto da, ya lo creo. Pero, cuénteselo a los de abajo, al del segundo, al del principal... Cuando toda la casa duerme, yo tengo que estar arriba, camino de ese indecente taller — ¡así se lo lleve la trampa! —, donde, luego de matarse uno diez horas a pulso, le dan dos pesetas por no darle dos patás. ¡Maldición como la de nacer pobre no se embanasta!

La «señá» Jesusa, frescachona y cristiana, mullía el colchón con ahinco, y de su robusto pecho se iban, rítmicos, los resuellos del trajín.

—¡Y que Dios nos dé salud, hijo! Peor sería no verlo.

—¡Valiente verdad, madre! No será usted nunca na.

—Ni falta. Con que lo seas tú, estamos al cabo de la calle. Las madres no tenemos más que un negocio, que es su hijo de su alma. Las de las bohardillas, y las del segundo, y las del entresuelo...

—Sí; pero entretanto esas engordan, y suben, y se dan más de cuatro gustos, las otras, las que son como usted, las de estos sotabancos—¡maldito rayo los parta!—se repudren de fatigas y miserias, y han de estar, como usted, to el santo día por el suelo, fregando—humillándose, digo yo—y mirando al que paga, lo mismo que si fuera un delito el nacer sin dos chavos... ¡Pues todos nacemos de igual manera, eso es, y todo es de todos! Con mis sudores y las lágrimas de usted, con la pena y el ahogo de la bohardilla, hace su sosiego y su poder el tío del principal! ¡Ya le daría yo a ese un catre pa toa la noche y unas sardinas y un tomate pa to el santísimo día! ¡Ladrón!

Miró rencorosamente al horizonte partido de tejas y de chimeneas, que se encendían bajo la invasión, cada minuto más osada, de la luz. Lecturas mal indigestas, odio de clase sorbido con los ojos semicerrados en el pecho maternal, rebeldía y ambición de mozo, todo ello confuso, en fermentación y doloroso y apremiante, colmaba el pecho de Andrés.

La madre estaba acostumbrada a oírle la misma canción, amarilla y áspera, sin ponerle otro comentario que un suspiro, el ancho y hondo suspiro de siempre, que le aligeraba el pecho, aventando las malas ideas, y se lo llenaba nuevamente de conformidad y de esperanza.

Fuése el mozo por un lado y, a poco, la madre por otro. Se reunirían a la noche, hartos los dos de jadear y de extenuarse en su quehacer. Como unían su amor, juntaban, en la mesita de pino mal avituallada, su fracaso, su estre-

ventado los de arriba para tener bien amarrados y seguros a los de abajo: kepis, tricornos, gacetas, plumas, fajas, folios, cerrojos, balduque, esposas, vergajos. El coche pasa por la calle salpicando, y la torre se pavonea y crece sobre el escondido cimientó que aguanta y sostiene en la sombra. Cuando Andrés, ya por abiertos, escrutadores los ojos, empezó a darse cuenta de que en el mundo social hay demasiados montes a cambio de tantísimos barrancos, aquel odio que el padre parecía seguir inoculando-

Jesusa, con su instinto de madre y de mujer del pueblo, se alarmaba. —Vamos, chico, espabilate y no te dejes mojar de nadie la oreja... De tanto darle a la serena te vas a hacer un finolis escuchirizao y tonto perdío, sin salsa, ni nervios, ni chicha ni limoná... Anda, coge la toña, juega al chito, descalabra a uno, haz, siguiá una vez, novillos... Y toma esas perras pa comprarte un peón, y déjate de aleluyas y de calcomanías y de cuentos de Calleja, que son muchos cuentos y mucho moler ya... ¡A ver si voy a acabar por tener que darte la mulsión!

En el fondo de aquellas ortigas retóricas, como una almendra almibarada, agitábase el orgullo y la complacencia de tener un unigénito despejado, espuma y nata del colegio municipal, envidia de las comadres del caserón de dilatada vecindad, y arrullo en las faenas agobiadoras, en los insomnios inevitables, cuando la buena moza, que era aún fiel a la memoria del ido, sacrificaba los ardores de su plenitud y las miserias de su ínfima posición al culto del hogar, al amor por aquella criatura que iba camino de ilustrarse y evitar, acaso, a sus manos la dureza, la ordinariez y el estigma del galeote.

Creció el chico, apretó la vida y fué necesario dejar los estudios. Andrés entró de aprendiz en una imprenta. Entró gustoso, presintiendo cierta voluptuosidad al oler aquellas tintas que le hablaban de las fragantes selvas, misteriosamente embrujadas y embrujadoras del libro, y al sentirse ensordecido por el trueno de las máquinas, que daban vida y hambre de correr mundo al blanco aleteo del periódico ya impreso...

Seguía siendo el jovencuelo retraído, hosco, descontento a ratos. Las horas que le quedaban libres, estudiaba, leía, hojeaba. Sus compañeros, rijosillos ya, petulantes ya, con las mil calenturillas y los otros tantos sarampiones de la mocedad incipiente, le gruñían y zarandearon para que Andrés diera su tiempo, su solicitud y su savia a las mujeres, a las novias. Pero él, tenaz, se lo concedía a las bibliotecas, a las literaturas ardientes, embriagadoras, que perfuman, que endomingan, que enloquecen, que espolean, que adornan la senda y aproximan la cumbre. Los demás aprendices le abrumaban con torozos oblicuos y vayas venenosas y duestos flageladores. Igual que la madre, que la «señá» Jesusa: —¡Vamos, so primo! Vente con nosotros a comer esos callos y ese cordero y a marcarte ese chotis con la Ullia, que está mochales por ti y tie «un mostrador» que marea... ¡Anda, «tollío», que lea Rital... ¡Si te van a dar lo mismo! ¡Total, quemarse las pestañas pa luego que te hagan vocal sexto u séptimo del Comité!... ¡Habrás berzotas! Con el día que hace y las nenas que estrenan chambra!

Pero, como la madre, también se quedaban viéndole marchar, terco y ávido, y ya, en un tono distinto de voz, murmuraban: —¡Tendría gracia! ¡A lo mejor ese primo alumbrao hace carrera y acaba siendo amo de la imprenta!...

El invierno aquel lo pasó mucho mejor que otro alguno la madre de Andrés. Ya no salía a curtirse las manos con el estropajo y la escoba, sino que se estaba muy cucamente arimada a la mesa camilla, bajo cuyas sayas ardía un amá-



chez, sus manos toscas, su fatiga. Andrés alzaba las manos, amenazando, apostrofando con los incorregibles tópicos del paria, y la «señá» Jesusa encogía los hombros hundidos, vendando, a su modo, con esta fácil filosofía las llagas que infiere y aviva el no poder.

Pero ya se ha dicho: confiaba, tenía fe en Dios y en la vida. Uno y otro dan y quitan, y ellos saben de sobra el por qué. La madre esperaba mejorar, cambiar de fortuna, y lo ambicionaba y lo suponía, no por ella ni para ella, sino por el afán que le removía la sangre de ver trocada en la boca de su hijo la mueca por la sonrisa. Del padre había heredado el chico—y ello fué la herencia enterita— el reconcentrado y torvo furor por las desigualdades sociales y el aborrecimiento de todo cuanto han in-

le desde la fosa común donde le encerraron, exaltábale e imprimía poderoso impulso a su fiebre de «ser», de redimirse económicamente... Sentía un desprecio ineluctable por el tabuco donde se mustiaban baldíamente sus ambiciones y apetitos.

La madre lo sabía. Y le alentaba el recuerdo de la aplicación de Andrés en la escuela, donde llegó a ser el primero, y en la que hubiera seguido, de no sobrevenir la muerte—muerte de repertorio, en el andamio; muerte sin originalidad, ni grandeza, ni apoteosis—que se llevó al padre en plena madurez inadaptable.

Andrés había sido un escolar formalito, uno de esos muchachos sin mucha-chez, que convierten en sombra la esbeltez de su vida balbuciente. La «señá»

ble cisco, sin tufo ni remolonería, para henchir la habitación de un calorillo aromático de tahona. La «señá» Jesusa pisaba arrogantemente la estera con sus zapatillas de fieltro, halago de los pies, y se miraba de reojo en los espejos del aparador, en los cristales de los retratos, en las doradas bolas de las puertas. La casa ardía, hospitalaria y brillante, hecha un ascua. De los muebles, bien limpios y mimados, fluía ese resplandor que pregonaba el sosiego y la armonía del hogar. Allí no había riqueza, no se advertía el orgullo y la ostentación de las cosas, pero sí abundaba el amor, que las magnífica y dota de aliento y actitud casi humanas.

Mientras Andrés, ya linotipista de los mejores, ganaba su buen jornal y sus sueños iban adelante, la «señá» Jesusa conservaba más apretadas, si cabe, las relaciones de amistad con la «señá» Esperanza y su hija, Milagros. Habían sido vecinas de sotabanco, en los tiempos duros, y en él continuaban, atenuadas a la magra pensión que dejó el padre, sargento reenganchado, y al jornal que Milagros ganaba con su caja de sombreros al brazo por esas calles, empedradas de piropos soeces y de miradas avarientas.

Las dos mujeres solían pasar juntas la tarde, charlando y suspirando, aun antes de que se hiciera de noche—punto este del atardecer en que todas las mujeres españolas, por felices o satisfechas que se sientan, dan cumplido desahogo a su costumbre de suspirar prolongadamente y sin motivo ostensible.—A estas vecinas también les daba el naípe por exhalar cada suspiro, viniese o no a cuento, de los que agrietan un tabique; y en esta rachita de aire caldeado y fragante se les iba un poco del ahogado que, a manera de peso, dejan en el corazón, por claro y transparente que esté, así las memorias dulces como las doloridas. En sus largos silencios voluptuosos, paralelos a la agonía crepuscular, la «señá» Esperanza, que era de un genio menos grave que el de su amiga, exclamaba, de pronto, soltando la risotada:

—Amos, que parece que estamos velando a un muerto. ¡Ay que ver! Lo malo y lo triste bien pasaos están, y los que pudren—el Señor los tenga—en su gloria—, allá nos aguarden muchos años. Su mozo no pué quejarse. Ca día gana más y ca día se lo merece más, por listo y trabajador. Están ustés mejor que quieren. Ya lo dice mi Milagros, que más parece una sabandija, de flacucha y de esgalichá la pobrecilla — está en el desarrollo, señá Jesusa, hágase usté cargo—: ese chico de usté sabe ánde va, y a listo y primoroso no hay quien le gané. ¿En qué mes ha nacido?

—En agosto, el día de San Luis, rey de Francia.

—Rey será, de sus asuntos y de sus cavilaciones. Mi chica tié un libro chiquitín, pero lo que se dice bien trafo, donde se habla de la suerte y sino de las personas, según el mes en que nacen. Y dice muchas cosas que, brujerías o no brujerías, son verdad. Mi Milagros ha nacido en julio, el 20, día de Santa Margarita, San Elías y Santa Librada. Todas las niñas que nacen en este mes son de genio alegre y vivo, con prontos que se les pasarán corriendo, caritativas y con quereñencia a derrochar. Pues a mi Milagros le viene to esto que ni pintao. Se gasta las propinas en sobres de polvos y en cacahués. Da limosnas a tos los viejos que se topa, y me se pone hecha una fiera por las mañanas ca vez que la despierto... Pero se le pasa pronto, y después me besa y me abraza, porque cariñosa y sentida sí lo es. Lo peor, según ese libro que le digo a usté, es que

las mujeres nacías en julio echan mucho vientre, y les conviene viajar mucho y comer bien. Y lo que es trabajando en un taller de sombreros poca barriga echará...

—Según — comentó la «señá» Jesusa con risilla maliciosa—. Si élla quítere...

—¡Amos, ande usté, no me venga con bromas de ese género...!

Y alentada por el estado de ánimo y por la ocasión, su apetito de tantas cosas inaccesibles estallaba:

—Oiga, señá Jesusa y usté disimule:

más. ¿Por qué no se trata usted un poco más con las vecinas de aquí al lado?

—Son muy presumidas. Gastan «güito». Somos muy poco pa ellas. A lo menos, yo.

—No diga usted eso. Usted lleva mantón porque quiere. Ya se lo tengo dicho también mil veces. Poco he de poder o hemos de vivir a nuestro gusto.

—Ya vivimos.

—Todavía no; todavía falta. Por lo pronto, ya tiene usted quien le haga la compra y le barra y la ayude. Pero ya

tancia y correlación que entre sí une a las sastrerías y a las bibliotecas.

Su nombre figuraba en las tertulias donde las teorías y los horizontes limitan la acción. Era hijo del pueblo y ello le envanecía; pero recordaba haber leído que en París, al pie de la estatua del republicano Dantón se leen estas palabras suyas: «Lo primero que el pueblo necesita, después de pan, es educación.» «La Marsellesa» enardecía sus rebeliones, alborotaba su sangre roja de irredento que se quiere redimir; pero empezaba a percatarse de que el formidable himno calza alpargatas, aunque en ocasiones parezcan coturnos, y de que agujerea y enciende bocas rudas, blasfemadoras, impulsivas, plebeyas inexorablemente, indefinidamente. Y la cultura se le apareció como una aristocracia, y el buen gusto y la educación y el atildamiento; como unos armiños que nunca podrían ser arrastrados por los mismos que se encasquetaban el gorro frigio y no mostraban en sus afanes y destinos más fulgor que el colérico de la pica o del machete.

Las «cotillas» de la vecindad ahueaban los ojos, sorprendidas de ver tanta mudanza y cambio.

—Ahí le tien ustés, al obrero, al de blusa y gorrilla, camino de ser más señorito que el del prencipal, que es consejero de tos los Bancos de Madriz...

—¡Toma, toma! Y es vesita de los del segundo, que tien pianola de esas que se tocan con los pieses, y por las tardes toman té pa hacer la digestión del medio día...

—Pues lo que es a la madre, a la señá Jesusa, sí que la dan el té, porque sigue tan ordinaria como cuando vivía allá arriba, con un trapo atrás y otro alante.

—Buen mantón alfombrado que lleva, de los de ocho puntas.

—Son muchas puntas pa ella, que dice entodavía «haiga»...

—Y a mucha honra, si se va a ver, últimamente. ¡Porque pa tratar a las cursilonas del tercero izquierda, que comen sopas de ajo y naranjas toas las noches, preferible es ir de mantón, aunque sea sin alfombrar, y con el puchero colmado y con cinco duros en el bolsillo!

—¡Ahí, ahí le duele! Al que se sale de su clase lo paga más tarde o más temprano. Andrés, quiera o no, siempre será un obrero y no un señorito... Manqué la mona se vista de seda...



—¡A ver! ¡Cuidado con esas lunas, que son biseladas!... Usted, no vaya a tropezar y rompa esas molduras, que valen un díneral... ¡Eh!, ¿no lo dije? Me lo estaba temiendo... No, pues eso lo pagan ustedes, así como suena... Es de alabastro del mejor y lo tenía en gran aprecio... ¡Sí, señor, sí; tienen ustedes la culpa! Hacen las cosas de mala gana, sin cuidado alguno, y así sale ello... Eñen dicen que dos mudanzas equivalen a un incendio. Y eso que es sin salir de la casa... ¡Qué gente ésta! ¡Burros de carga han nacido, y borricos cargados serán toda su vida!

—¡Déjalos, Andrés!... ¿Qué vas a esperar de los pobres? Ni saben nada de nada, ni tampoco les enseñaron mas que a explotarlos, a padecer...

—Quite, quite, madre. Sé lo que me digo. Son unos bestias. Mire cómo se sonríen a escondidas, con risilla idiota y cazorra de conejos. Mire qué prisa se dan. Parece que pisan huevos... ¡A la ligazos hay que tratar a esta gentuza!



Alfombrado, con calefacción hasta el «cuarenta de mayo», invadido de cortinas, estores, visillos, tapices y pieles, el



¿le queda algo de aquel queso con gusanos que trajo Andrés el otro día? Estaba lo que se dice superior. Lo que me choca es que lo hagan así, con gusanos y to. ¿Y dice usté que se comen?

—Dicen eso; pero a mí me da reparo todavía... Lo elegante es comérselos.

—Pues lo que es la hija de mi madre, ordinaria será toa su vida.

Y tornaban a reír y merendaban, sibaritas y felices, junto al balcón, ya oscuro.

Andrés las hallaba juntas aún y parlanchinas, lo que le hacía torcer el gesto. Cuando la de la bohardilla se marchaba, volvía a prevenir a su madre:

—Madre: la he dicho a usted que no me gusta que se pase la vida con esa pobre vieja, sin seso ni moales. Bien está que la reciba de higos a peras y aun la ayude en lo posible; pero nada

verá usted, madre: como las cosas se me pongan como yo espero...

—Si Dios quiere. Que sí querrá, porque to el mundo se mira en tu aquel pa el trabajo y tu formalidad. Pero cuidac, Andrés... Que te matas en esa imprenta, y bueno está lo bueno, pero no tanto...

Y sí que se mataba, en su ansia de subir, de destacarse, de ascender de situación. Al principio le había espoleado el simple deseo de mejorar materialmente, de eludir aquellas estrecheces y apuros, que le dolían y sonrojaban como una lepra. Después, y poco a poco, ya instalado en el piso tercero de aquella misma casa, tan alegre, con sus dos balcones, no menos aseada que la bohardilla, pero más radiante y acogedora, fué ganando al hombre el gusto por la finura y pulimento interior y aun externo, con lo que se detuvo a considerar la impor-

lujoso principal tenía el silencio y la oscuridad de una tumba. Cuando, en el trajín de la limpieza, se abría excepcionalmente algún balcón, la oleada de rumores y estruendos de la calle constituía un asalto de la plebe en aquel recogimiento y compostura de la casa, algo así como las hordas revolucionarias en un Triánón pulido. El sol, con toda su soberanía, penetraba furtivo y temeroso, disfrazado de crepúsculo. Todo, riqueza, bienestar, ventura, regodeo de arriba, respiraba dificultosamente bajo las elásticas garras difusas del silencio. Penumbra de mazmorra flotaba en aquella casa, donde la risa de un niño hubiera resonado como una blasfemia.

Mil veces había expuesto Andrés su resolución de mudarse de allí, empero. La calle, poco ancha, tortuosa y despierta desde que apuntaba el día, era toda ella una contorsión, una greguería ondulante, veleidosa y renovada, que sólo al anochecer fenecía entre chisporroteo de voces y de gritos, igual que una rueda de fuegos de artificio. Los pregones pintorescos, extasiados o persuasivos, secos como detonaciones, o largos como sollozos, tornasolaban el aire con su pintoresca promiscuidad de zoco. Era un carnaval de gargantas, confabulado con el turbio hormigueo de la multitud, que se paraba, iba, venía: éstos, presurosos; remolones, aquéllos, destacando sus indumentos chillones o sombríos, que eguivalían a otro concertante, no muy delicadamente ensayado, dado que los colámenes de la muchedumbre vienen a ser como estridencias y aun estampidos.

Portal adentro, la incomodidad se agravaba. Pese a los añadidos pretenciosos del ascensor, herido de parálisis, y del baño, cuyos grifos padecían de intermitencia, la casa, sesentona y humilde primitivamente, no lograba sacar delante su postiza comezón de señorío. El tufo de las cocinas habíase aposentado en la escalera y colábase por bajo de la puerta con sigilo de reptil. Las vozarroñas de fámulas y guisanderas infestaban el patio y llamaban insolentemente a la puerta de los aposentos más recónditos y cerrados al tumulto...

Pero «doña» Jesusa le tenía cariño al barrio, a la casa, y hasta a sus olores y estrépitos. La antigua asistenta, señora de su hogar ahora, guardaba en el seno, como una joya y una medalla, la simpatía por las cosas simples y torpes que habían arrullado o modelado los años incipientes de su hijo. Quejarse de ellas y vituperarlas le habría parecido censurable veleidad de renegado.

Y no obstante, «don» Andrés Martínez no vivía a su gusto, ni podía entregarse por completo al deleite de discurrir sus arengas de jefe de minoría dentro de un partido conservador. Su dilatada soledad tampoco hallaba el suficiente halago en los mimos y respetos de que le rodeaba su madre, al frente de una bien disciplinada servidumbre. Quería estar más solo aún, menos acosado por la estulticia, y la ineptitud, y la incompreensión, y la sordidez de los seres que no intentan redimirse, que no quieren elevarse, que aborrecen la bondad y la belleza y el arte... En aquella casa todo desazonaba, todo hería. Incluso los recuerdos que despertaba en su memoria, no tenían nada de gratos. De la bohardilla había ido, en su ascensión social, descendiendo, es decir, mejorando; y del tercero pasó al segundo, y del segundo a aquel principal, el piso mejor del inquebrantable, el que avanzaba sobre la acera su mirador enorme y cuadrado como una jaula, con aquella osadía con que el vientre del advenedizo exhibe y adelanta su cadena y su onza de oro y brillantes...

La escalera, por donde subió y bajó

tantas veces, le conocía, y el crujido de sus tablas parecía felicitarle, con cierto retintín, por su encumbramiento. Las mismas puertas de los diferentes pisos que habitó mirábanle por su único ojo del ventanillo, como diciéndole: «Ahora te molesta todo, porque has llegado, porque te sobra mucho, porque ya no te acuerdas del antaño feliz en que todo, codiciado, era inédito y lucía con resplandores alucinantes de orto... Pues, amigo, aguántate.»

Pero no, no se aguantaba. Es que en la vida toda sensibilidad medianamente cultivada halla espinos y púas y zancadillas. Es que el triunfo, sea cual fuere su índole, significa depuración, vicio, jarrarquía... y, sobre todo, lucidez, clarividencia, acuidad. Ir descendiendo de piso en piso fué para Andrés todo un curso de mundología, todo un calvario, todo un Rubicón. ¡Cuántas lágrimas, cuántos insomnios, cuántas bocanadas de bi-

fiera—que ya no podía aspirar al laurel y al gusto de llamarse colaboradora—. Pero, ¿dónde estaba? ¿Cómo se busca, cómo se conquista, cómo se toma esa mujer que ha de avivar la lámpara del desvelado o del embebido, que ha de sembrar de luceros la techumbre de su choza?

La madre, «doña» Jesusa, que con su vejez curtida seguía derramando fe y optimismo sobre las inquietudes de su unigénito, hacíase recelosa al tratar de este punto.

—Hijo, es preciso tener mucho cuidado con las que puedan fijarse en ti. Hay muchas «lagartas», de esas que buscan en un marido una solución o un desenlace... Tienes de sobra con qué atender a tus necesidades, cuanto más a tus caprichos. La mujer, sobre todo la de hoy, ventea el dinero como el lobo al corderillo... Y ya que tantos sudores te ha costado este buen pasar de ahora, no va-

aquel ardor y gozo con que el guerrero esgrime su lanza. Eran, recíprocamente, la fortaleza y el airón de sus afanes.

Los cuales, a otros que no a ellos, tan apretados por el cariño mutuo, hubieran arrancado el castigo de la risa. Porque sólo a aquella pareja pudo ocurrirle la idea de echarse por esos Madriles a la busca y captura de una mujer que sostuviera con brío de cariatide lo más solemne de un hogar y lo encauzara y rigiera por la firmeza de su puño de timonel.

Desde lo alto de sus ansias, en alas de su candoroso empeño, abarcaron panorámicamente amistades y conocimientos... Diógenes no habría agitado con mayor paciencia su linternilla. Pero la salvadora, la afianzadora, no parecía. Entre el ejército de frívolas, de dudosas, de demasiado bellas y demasiado exigentes, ni la madre ni el hijo descubrían quién atesorara el doble mérito de emblesar y convenir.

Apuraban calles y paseos y lugares de aglomeración y de heterogeneidad humana... Andrés miraba con voracidad a todas las mujeres, a las presurosas, que otorgan como juventud y júbilo a la marcha, y a las lentas, esas interesantes criaturas cuyos ojos desorbitados dan a entender, sin proponérselo, que su vida toda es expectación y que en el horizonte eternamente metamorfoseado de sus esperanzas se dibuja—para desvanecerse después—la fantasmagoría de una realidad siempre remota...

Voraz las miraba él; sublevada, la madre. Sublevada, porque advertía que ellas no detenían nunca sus miradas en las del hijo, sino todo lo más en sus manos cuajadas de fulgores, o en su corbata o en su cintura, sobre las que ardían joyas de suasoria visibilidad. ¡Dios santo, dónde hallarla!... Todas las mujeres tenían cara de novia; pero ninguna de prometida ni de prometedora... Recorrieron los arrabales y las manzanas de hoteles orgullosos, y ni los percales ni las sedas brindaron el remedio apetecido. Andrés se indignaba, al fin. Tenía pronto el mal humor, y desfogándolo en lamentaciones difusas, no acertaba a explicarse el por qué de sus infructuosas pesquisas. Acometíanle deseos de llorar de risa, al ver lo difícil que iba siendo encontrar esposa, copartícipe de un hogar sólido, confortable y al abrigo de borrascas.

—A patadas, a montones se han encontrado siempre las novias... ¡Las que habré desechado yo, madre! Son la peste de las verbenas, el peligro de los carnavales, la plaga de los días claros, el estribillo de las reuniones... Deje usted, que ya encontraremos la nuestra, la mía, la que no calcule ni pese su porvenir, con cuquería de tendero...

Y buscaban, buscaban, infatigables, aunque con su punto de desdén, puesto que antes que pedir, ofrecían. La madre, nunca curada de su ingenuidad, echaba vistazos a los establecimientos de lujo donde rebulle público, y a los tranvías, y a los pórticos de los teatros. Hasta miró, ofuscada, a los escaparatés...

Y al retornar a casa, ya de noche, respiraban con disimulo para no desalentarse. El balcón se acababa de abrir, durante el año por vez primera, y penetraban las fragancias estimulantes, los júbilos sonoros del buen tiempo. Andrés se miraba otra vez ante sus cien espejos de hombre adinerado, con la «soberbia que da el buen vestido» — que dijo fray Téllez—. Y no sabía justificar aquel desvío, aquel desdén, mejor, ceguera, de las incontables mujeres que tienen en su soltería su mayor tragedia. Doña Jesusa, por su parte, se hacía también mil cruces.

Al día siguiente, un suceso inespera-



lis, densa, intolerable, le había costado ir alejándose de aquellas tejas, bajo las cuales su desvalimiento y rebeldía miraron al artesonado inclemente del cielo! En aquel principal, que ocupaba por fin, hallaba la corona, la palma, la meta. ¿La meta?

Y dentro de su caliente batín, el temeroso de las pulmonías y las salpicaduras de la calle sonrió con dolorosa crispadura de su boca. Aún le faltaban imágenes a sus altares; todavía quedaban por edificar cúpulas para sus sueños.

El aventurero, allá en la tierra inhóspita adonde su poca fortuna le conduce, no combate como durante años y años, lleno de febril testarudez, combatió el aprendizaje hasta ser dueño y jefe. Delante del bloque ingente de la vida, con sus manos—garfios, picos, cincelos—se modeló su victoria, una victoria que veía ahora desmelenada, horrible, feo y flácido el rostro, matorrosas las carnes, mal sonriendo entre los dramáticos ahogos y jadeos del que trepó y pudo aspirar el brillo o el ala que le seducían...

Y corriendo tras las monedas y tras los horizontes morales y las ambiciones, que hacen tan redondo el mundo, se le olvidó, mejor dicho, no tuvo tiempo para ir al alcance de la mujer que lo viste de luz y lo siembra de hitos y jalones y términos... Le era preciso una compa-

ñera a permitir que se lo lleve, con sus manos bien lavaditas, una «bitonga» de esas que se pintan lunares y tienen un título que no les añade sustancia al puchero...

Acariciaba la vieja los revueltos rizos al hijo, que se sentía lleno de inefable complacencia, y el uno y la otra apretábanse luego, alarmados, convulsos, cual si dentro de sí estuviera ya rebafiando una voraz mano ladrona... Y en el aposento caliente, forrado, triste y sombrío, donde la vida, reluciente de oro, ahita de holgura, buscaba un traje de boda que tenía hechuras de mortaja, la madre y el hijo abrazábanse, apercibidos a una defensa todavía ilusoria. La madre murmuraba diminutivos de cuna, y entre sus dedos escurriánse unas crenchas ya grises. Pero los ojos, cargados de amor de la anciana, continuaban viendo a su hijo moceril y bien plantado, bajo sus rebeldes cabellos negros de otros días...

Las luces y los arrestos de la primera añiaron su alma y acucieron sus pies para que, sin desmayo, perseverasen en su negocio. Andrés se amparaba en el amor de su madre mejor y más sábrosamente que en un escudo, y doña Jesusa blandía los sueños de su hijo con

do para término a sus congojas y cóleras. Al salir ellos, Milagros, la chica de la «señá» Esperanza bajaba más de prisa y se encontraron en el portal. Por compromiso saludó a Andrés, pero se detuvo a charlar con la madre. Estaba ya hecha una mocita. Alta, flexible, con su frente arriba y su mantón cayendo orgulloso. Andrés la examinó glotonamente... De chiquilla la había hablado mil veces. Sus años idos resurgían en aquella gallardía y risueño continente de la moza. Hubo de interpellarla.

—¿Qué guapa está usted, Milagros!

—¡Pst!—hizo ella, mirándole con curiosidad.

Sobrevino el silencio embarazoso, el abismo que se abre entre lo alto y lo hondo. Milagros golpeaba el piso con su pie, impaciente. Por fórmula comentó:

—Y usted, «don» Andrés, ¿quién le conoce!... «Aquí», la «señá» Jesusa, ya nos tenía al tanto de sus triunfos. El mejor

día le vemos de ministro... Enhorabuena, por adelantao...

Hizo ademán de marcharse, recogiendo las puntas de su chal, pesado y rizado como una cabellera. Hablaba con desdoro, recrudecido entonces al ver, al cabo de mucho tiempo, al engreído, al poderoso señor Martínez.

Andrés imploró:

—A ver si va por casa alguna vez...

Ella se encogió de hombros, un poco azorada y sin mirarle. Aquella displiencia no se le escapó a él.

—Bueno, con permiso. Me aguardan y llevo prisa. Hasta más ver. Adiós, «señá» Jesusa.

Lanzó el «señá» como una bofetada, como un desquite. Y desapareció calle abajo, nerviosa, petulante, con la petulancia encantadora de sus veinte años bonitos.

La madre se colgó del brazo del hijo, pronta a continuar la peregrinación de

marrias. Pero el hombre la retuvo. Desde el portal veía achicarse en la distancia a la mocita, que, de pronto, impensadamente, evocaba su antaño, desvalido de risas y donaires femeniles. Fue entonces cuando la venda que tapaba sus afanes cayó a tierra. Fue entonces cuando creyó sentir en el hueco de las crispadas manos la tibieza y el cosquilleo de un pájaro que había escapado de ellas.

—No, madre; no salgamos... Perdemos el tiempo. Esa Milagros del demonio ha sido el espejo donde acabo de ver mi vida presente. Soy viejo, madre; más viejo que usted... Mire, mire a la chiquilla: es mi juventud. Como ella, tenía mucha prisa, y como ella, se ha ido...

E. RAMIREZ ANGEL

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

El Dr. D. Emilio Casasampere tiene su consulta en Alcalá, 175, pral.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.

Obras de gran éxito:

PÉREZ DE AYALA: *Luna de miel, Luna de hiel y Los trabajos de Urbano y Simona*, novelas, a 5 pesetas.

FRANCÉS: *El hijo de la noche y El misterio del Kursaal*, novelas, a 5 pesetas.

HERNÁNDEZ-CATÁ: *La casa de fieras*, novela-bestiario, 5 pesetas.

VALENTÍN DE PEDRO: *El arlequín azul*, novela, 5 pesetas.

GARCÍA MARTÍ: *Del vivir heroico y del mundo interior*, ensayos, 4 pesetas.

GUILLERMO DE TORRE: *Hélices*, poemas, 5 pesetas.

Librerías, estaciones y quioscos.

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

“Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

PHILIPS FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS) COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

AGUAS DEL INICIO

LA MEJOR DE MESA BÓVEDA (Lugo)